

# Ciudad pensada

## Poemario

César Augusto Zapata

*Ciudades son lo mismo que perderse en la calle  
de siempre [...]*

Enrique Lihn

*La memoria  
guarda trenes enteros, encendidos,  
silbando por lo oscuro.*

Cintio Vitier

*Observando  
Uno destruye su casa*

Graciela Baquero

*Pero si alguien tiene por la noche exceso de musgo  
[en las sienas  
Abrid los escotillones para que vea bajo la luna  
Las copas falsas el veneno y la calavera de los teatros*

Federico García Lorca

UNO

Abro la página de rostros que es el día.  
Una bruma ha pintado simples indiferencias.  
El otro lector se abalanza, abisal figura,  
contra sirenas que ocultan sus intenciones.  
Láminas en todas direcciones buscan su peso,  
su volumen vencido en la prisa de perderse.  
Es una ciudad pensada, un hueco en la memoria.  
La noche llega sin que el lenguaje agote su luz  
y suena otra vez una sirena anónima.  
*Cementerio marino*, se aplana el horizonte;  
ya nadie quiere ser *Ulises* si no hay mástil.  
Asirse entonces a la letra. Amanece.

DOS

*Un artefacto boca arriba es la ciudad amanecida.  
Musgo vacante en su ombligo de metal y hormigón,  
invita a guardar el corazón en los bolsillos  
y salir a comer frutos metálicos en sus cimientos.  
Sueños es la ciudad, para un dormir sin párpados.*

TRES

Yo no vivo aquí, en la imaginación de ríos.  
Estoy siempre en mí aunque me veas en el barro.  
Soy uno de los espectros levantando brazos.  
Me esfuerzo por alcanzar el vaso que se ofrece  
en la neblina interminable de algún cuerpo.  
Espanto la multitud de estar solo.  
No estoy a la puerta, desolación cantando,  
aunque espere semáforos junto a series de *postcards*,  
donde el gusano monta su vigilia  
y el hueso apremia campanadas tempranas.  
No vivo aquí tan lejos de quien soy.  
Yo voy de paso.

CUATRO

Extraña metafísica: la voz haciendo su hormiguero,  
adelantando el hilo para atravesar espíritus.  
En la calle, el desconocido se vio en mí,  
se hablaba en la sorpresa de ser escuchado:  
Experiencia mística y cura del abandono.  
Con sólo tocar voz, su corriente le urgía  
a no dejar morir aquel instante de aleluya.

## CINCO

Entonces ella salió del retrato y se hechó a andar.  
 Era la historia de la ciudad, la voz de lo intangible.  
 Bajó a los trenes y dijo, “*heme aquí, estoy muerta*”.  
 Los vivos, desde sus cubículos, parecían no escuchar.  
 Era la ideología, los sueños colectivos, imagen difusa  
 del progreso borracho en las cunetas.  
 Ella volvió a la superficie para llorar  
 por los que abajo insistían en la vida sepultada.  
 Era el héroe, la razón, el grupo, todo lo perdido.  
 Ahora no queda más que la ciudad abismo  
 y nuestra ausencia.

## SEIS

Da de qué hablar el toque de miradas,  
 a penas rozando la piel que las ignora  
 en la pausada aproximación del tacto  
 y sus hechizos.  
 Sin embargo, silencio.  
 Por todos los contornos lleva su baba  
 el ojo que rehuye ser mirado.  
 Angustia en la condena de ser visto.  
 Sin embargo, ceguera.  
 Por todos estos ángulos sin tocar  
 la música que ocultas bajo el párpado  
 te mira y se apena de acordés que no ves.  
 Sin embargo, el poema.

## SIETE

Esa ciudad que imagino sentada en el tren,  
 con el rostro oculto bajo los periódicos,  
 se duplica en las aguas que revierte.  
 Alguien diría lágrimas, pero un ver  
 de triste lame el lugar del alma y su cloaca.  
 Una ciudad que en tres días supo levantar  
 sus cementerios y levar luces  
 y guardar en celo el secreto corazón roto,  
 llorando en *cartón piedra*  
 o masturbando pechos ya sin vida.  
 Esa ciudad prometida para tu sangre,  
 se ha muerto sin saber lo que es morir  
 Y en su resurrección habrá sólo llaves  
 más no puertas.

## OCHO

Los perros han perdido el oficio de ladrar lunas.  
 Un lodo oculta la piedra incandescente.  
 Alimento, pasto, basura deslizada en espiral.  
 Mirar arriba, el *landscape* se difumina,  
 deja una fruta mordida en su sitio, no un cielo.  
 Vuelvo a mirar con estos ojos de tierra  
 la amarilla languidez donde Dios  
 hunde su voz y se deforma el magma.  
 Hecha a andar entre la multitud la piedra.  
 La calle está comida por sus pasos.  
 Otra vez se dirigen a donde no saben lo que hacen.  
 El perdón es lluvia ácida.

## NUEVE

En la fila nadie olvida su goma de mascar,  
*wireless* para hablar con su goce asesino.  
 Una luz de ojos nadie quiere saber,  
 palabra en ángulo imposible muere.  
 Esa vocecita interna donde *aquello* retorna.  
 Panóptica y de plástico la ciudad observa,  
 y te esperas, gozas asesino en tu reserva,  
 la herida que olvida párpados y procedencia.

## DIEZ

Hoy me toca sentirme  
 un animal distante apretujado por otros.  
 Situarme entre las cosas con vida y movimiento.  
 Ser un autobús, una pantalla, una voz.  
 En el balancín me toca hacer mis acrobacias  
 y callarme en un bosque de aullidos  
 para aceptar mi parentesco con las piedras,  
 con el que tira la conciencia como esputo  
 en las aceras, o el que odia este poema.

## ONCE

Una ciudad líquida a punto de extinguirse,  
 sin intención de entender la sed de su ángel  
 que en un rincón del Metro  
 espera comprender la indiferencia.  
 Alas plegadas recubren torpes el destello.  
 Va y viene el ángel sin encuentros y sin Dios,  
 sitiado por rostros que no miran ser mirados.

No hay forma de salvarse en el metal que enviste  
y la hoguera en la garganta esperando palabras.  
El ángel no ha caído, se extingue  
contra piedras que vino a redimir:  
Oquedades sin agua y sin aire,  
en polvos convertidos, más no enamorados.

#### DOCE

Nadie tirará estos dados como edificios:  
velos roídos por el viento.  
Nadie andará ventanas con los pies sucios  
y los ojos abiertos.  
Nadie comerá este pan  
que tardó de Dios en el día postrero.  
Porque nadie queda para ponerse  
la navaja debajo de la corbata;  
nadie, en su felicidad de paracaídas,  
abrirá los brazos al vértigo.  
Todos en esta hilera hemos sabido  
entrar por la puerta que se cierra,  
huir y acecharnos en la noche  
que nosotros, solos, hemos diseñado.  
Rectángulo erigido para acallar bocas,  
habitáculo donde comemos nuestros hijos.  
Casa, ciudad, país, punto de fuga.  
Ahora sé que nadie tirará los dados,  
en esta libertad que nos concedes.

#### TRECE

La calle prolonga su enfermedad hasta el río.  
En cada trecho heterogéneo las manchas  
se ensamblan a cuerda de cuerpos apresurados.  
Ya sabes que vamos a salvo en la ensenada.  
Es posible el hospital, la muñeca abierta.  
Es posible el dolor picoteando la risa.  
La calle carga su transeúnte insomne,  
sumido en su ver de heterogéneas manchas,  
sumergido en la línea de falsa simbiosis.  
Más, hundido aún en su propio labio,  
pronunciando en invierno a Proserpina,  
esperando en su marca el tiro de gracia,  
va el poeta.

#### CATORCE

Viene la noche de la copa del árbol a su desierto.  
Me toca en sorda aviación rompiendo el aire.  
Viene la noche a buscarme para bajar al *lobby*  
con mi camisa dispuesta a barlovento.  
Ahora sí, la ciudad ha despertado su musgo:  
Un jazz parte el *Bridge* con otro río  
y uno se aferra a la noche para oír sol venir  
cerrando círculos.  
Otra vez el largo exilio del día en las aceras.  
Volvemos al cerco de corazones tendidos;  
pero recordar el jazz, la mano apresurada,  
la mujer que ignoraba los semáforos...  
Hace vivir, lo sé, hasta el próximo  
*landscape* con besos.

#### QUINCE

No habrá mar sino ladrillos temerosos.  
Con verde repentino los resquebra primavera.  
No habrá tus ojos sino ventisca e impureza  
de un ángel salado en el misterio que lacera.  
No será el aroma sino la flor marchita  
de amor que adivino en dos voces.  
No será adentro tuyo sino pureza de lo pútrido  
auscultando un piélagos sin batalla ni ojos.  
Nada hay ni ser hasta cansar de azucenas.  
La ciudad ya es un hoyo para vivos.  
Un gesto aún esplende magia de ternuras.

#### DIECISÉIS

A punto de gritar van estas puertas  
silencios que ignoran toda virgen.  
A un paso de ser boca la salida apuñalada.  
Y nadie parece estar en los estertores  
de los túneles abiertos bajo el día.  
La palabra se ha puesto su vidrio  
y en neblina olvida su mortaja.  
Viene el oído al labio, epifanías cuenta.  
Viene la piedra al tacto y nada dice,  
emergiendo al blanco de la flecha.  
En todo ángulo, la puerta es sólo trampa:  
Adentro una cabeza reclinada en la madera.  
Afuera, arma encierro más terrible y amargo.

## DIECISIETE

Sabemos que hay un grito aguardando en el violín  
y una rabia por cantarse en las callejas.  
Va cansada la imagen de su polvo,  
abandonado en la vejez de los espejos.  
A no más cantar, es el reflejo  
de los gritos que ahoga cada piedra.  
Dar de sí la fruta muerta que perdura en el filo.  
Filoso este marcar los pasos junto a otros  
idos ya en su espléndida sirena.  
¿Quién espera manos brotándole a la ciudad,  
elevación de estrellas para el cuerpo gris del alba?

## DIECIOCHO

Tirando a la mariposa derribé la pared de su reposo.  
Oh, gusanos y prepucios liberados por las calles.  
La ciudad dejó ver su estro más íntimo, su rosa.  
Las piernas abiertas de la virgen cantando.  
Las sagradas sangraduras bajan las escaleras  
y entonces sé que es una carta dirigida a mí,  
para conocer dónde estoy y qué hago allí.  
Último piso, y todavía en acrobacia, voces.  
Debí ensordecir las piernas de la virgen  
apretadas a mis oídos.  
Hube de esperar el camino en regazo/laberinto,  
anidar en convexidades el agua virginal.  
¿Cuánta inocencia en la perversión del piano!  
He derribado el muro y no hay lamentos,  
la esclusa de náuseas y delicias abierta,  
la pureza de los cuerpos recogida en las manos.

## DIECINUEVE

La noche callada del saxo tejía su tristeza por el aire.  
Yo me fumaba el último pitillo en voces chamuscadas  
y me iba por ahí, al quebrado cascarón que llovía  
[su horizonte.  
La noche insistía en su *swim*, en su hosanna, en lluvia fina.  
La calle mojada por el saxo alargaba fantasmas.  
¿Quién podrá cifrar el humus amaneciendo de las manos?  
¿Quién abrirá mañana esta música en la memoria?  
Otro *sostenido* guardamos esperando su penumbra,  
dedos sobre el instrumento de las horas que me iré.  
La noche, como la música, viene del tacto  
y niega todo lo tangible.

## VEINTE

La cabeza dormida en el último canto  
que verán esos ojos en desmesura ajenos.  
Una voz transita olvido al anidado polvo  
del cráneo roto sin historia.  
Primavera incierta de los muertos:  
La perversa rosa creciendo en el asfalto.  
Vamos enhebrando lo no sido  
por el ojo infanticida del semáforo.

## VEINTIUNO

La lluvia amaina de pensarse ciudad  
y va, cambiando de máscara la voz,  
un verterse de cuerpo en la mirada.  
Bordes, indeterminación, manos.  
Encarnación de agua por las calles.  
Piensa un árbol sin palabras:  
Gota a gota de lluvia su destino frutal.  
La calle penetra con su turbión a la ciudad.  
Es otro sexo húmedo y frío y sin deseo.  
Los cuerpos pasan por sus nombres  
e inencontrables, salpican, gotean,  
son lluvia de mirada, nada oyen.  
Aguas al fin, se desvanecen  
en puertas imprevistas.  
Sigue la otra lluvia –la real–  
arrojando noches y máscaras.

## VEINTIDÓS

Soy de aquí. Domiciliado en los sueños.  
Mayor de edad. Me toco y no me encuentro.  
Desde el viaje he padecido abandono.  
Muchos sonidos pasan apresurados. Espero.  
Gelatinosa la madrugada, se pega entre los dedos.  
Los otros, de los que debo hablarles,  
se han vuelto diminutos puntos luminosos  
a la distancia, producida de repente.  
No conozco otra cosa que mi ciudad:  
Soy de aquí sin remedio.  
La vida que llevo no es la que en ella consumo.  
Salitre en mis venas escapando.  
Ciudad a cuesta, no hay más remedio, me defino.  
Si alcanzo a salir, ningún vuelo de palomas  
va a desprender mi piel: cosidas piedras,  
enraizados matorrales –mis huesos, mis dolores–

y las minas vacías y los puertos sin productos,  
y los molinos sin dientes y las cañas amargas.  
Pero los otros siguen achicando su Manuel,  
su Carlitos, su Juan, transfigurándose  
al borde de los arrecifes.

Se quedan y sé que han partido antes que yo.  
Equipajes abandonados, puerto sin regreso.  
Soy de aquí y no despierto.

#### VEINTITRÉS

Me acompaña una angustia de cúbito y retorno:  
Escribo la biografía de los atardeceres  
donde no hay más redención en el mendigo  
riendo de su nada frente a cóncavos espejos,  
-en el que huye su hora *rush* a comer enigma-  
que en el ángel de la espada extinguida  
contra el neón insistiendo evanescencias.  
Los dioses se cansaron de hilar fino  
en la rueda de traslúcidos telares,  
de esperar al hombre que recueste su cabeza.  
Se cansaron de esperarlo, se cansaron.  
Muros grises, puertas cerradas y silencios.  
Inciertas manos insistiendo en el regreso.  
Esta es la biografía de los atardeceres:  
certidumbre de estar sin mí entre tanta gente.  
Antes que yo, la ciudad me ha deshabitado.

#### VEINTICUATRO

La página desliza vacío por debajo de la puerta,  
en viento inusitado mi silencio levanta su miseria.  
Nadie lee su secreto dejado en muros y aceras  
antes de llegar a su destino: mi umbral.  
Recoger entonces la letra de su sangre,  
sus huellas y sombras colgadas de los parques,  
la voz que la gente le ha tomado prestada.  
Llevarle otra vez la historia menstruada de los transeúntes  
para que muera en paz consigo misma, la página,  
o para que respire en su hablar de piedra y abandono.

#### VEINTICINCO

He aquí un fragmento de piel chamuscado,  
todavía puede leerse la inscripción como perfume:  
ternura dejada en otro horno.  
En la quemadura va un mar secreto sin incendio.  
Seguimos partidos como en el origen.

Nadie sutura la pérdida para andar un solo cuerpo.  
Hendijas para cegarse la búsqueda.  
Cada segundo aniquila lo que se pierde en otros pasos.  
Quién más puede comerse sus palabras,  
descender las escaleras hacia sí  
y, como yo, ver agrandarse el hueco de la espera:  
la falta en que se es nada mirando su horizonte.  
Cuánta soledad: caminar en esta multitud.

#### VEINTISÉIS

A las diez de la mañana, en ángulo incómodo,  
come el tedio calle y cables eléctricos.  
Veo venir ese puntito enroscado en la curva,  
la luz trae su propia sangre y serpentea,  
razón de todos los muérdagos.  
Virtual, el sonido del arma no me asombra.  
Aunque oiga sangre, es lejana, es ajena.  
Una lágrima congela y duele, ventana abierta.  
Girar con lentitud –la espalda también duele–.  
El cuarto guarda una solemnidad mortuoria.  
Sobre la cama la mancha neón,  
en el monitor un cuerpo despedazado.

#### VEINTISIETE

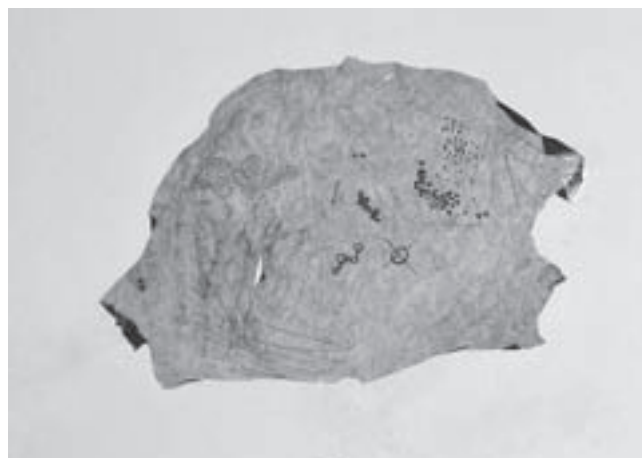
(Contracanto al poema “Masa”, de César Vallejo)

Pero el cadáver siguió viviendo entre los transeúntes.  
Una mirada no, una moneda ulcera sus esperas.  
Miró, con ojos extranjeros,  
el reloj marcando vectores y curvas reflectas,  
el mapa que extravía la hora incierta.  
El cadáver se cubría a contrasombra indiferencia,  
los taconazos a marcha forzada hacia sí mismo  
y la plena luz de nadie que atravesaba el guante roto.  
Se cruzaban ceguerras ante puertas abiertas de miedo.  
Pero el cadáver, ahí siguió viviendo,  
cercado por su desierto de ternura.  
Sabía de tantas órbitas cerradas,  
de ojos despeñándose como corderos.  
Miró su soledad de manos subterráneas,  
el abandono del beso solidario  
llorando un agua de gasa y hospital.  
Entonces, se levantó como pudo y tomó el tren.

Me pongo tu piel esta noche. La boca de todo tu bullicio, la superficie donde van apareciendo los deseos como si te fueran inventando. Todo el mundo está cerrado en tus cerrados ojos, y sus espacios están adentro tuyo para que yo transite. Y me voy por la saliva de tus ríos hasta las vísceras. Por eso cuando miras con párpados translúcidos, tu mirada se parece a mi presencia. Eres un territorio en el que no busco nada, sólo estar así, divagando en tus jugos. En tus recintos me quedo escuchando voces que me buscan. Me solazo, me ovillo como un niño en el regazo y desde dentro veo tu sonrisa o tus penas. A veces cuando estás triste me extravió, quiero salirme por tus dedos y no hay salida: Una red de olvidos tapia el camino a las falanges. Entonces quiero quitarme tu cuerpo pero no tengo las tenazas, ni el bisturí, ni el ánimo. No puedo decir que me elegiste, extranjero sin brújula engullido, es el más puro azar que yo viva en tu cuerpo. Elegí volar en dirección a donde debía haber salido la luna, pero el viento de la noche vigilaba besos y tu respirabas la sombra. Vino el golpe de succión y pensé en la muerte. No valió aleteo, manotazos de ahogado, ganas de gritar, voces ajenas que intentaron salvarme de ti; busqué tus huecos sin proponérmelo, me hice dueño y señor de tus recintos; laberintos en un vuelo rasante. Toque leve al corazón del pasado. La única voz que ahora escucho te crece con movimientos vivos; ¿Me posees o yo te habito simplemente? ¿Me pronuncias o es la voz de la soledad que me traiciona? Porque la vida era fácil antes de conocerte. Ahora tengo que huir de esa bilis que inundas cuando estás dolida, ponerme a resguardo de las armas de tus alegrías. Sólo a veces cuando duermes puedo pasearte, ir a ver tus pensamientos y volver por el cuello a la cueva de tu corazón, sin miedo. Son días de viaje hacia tus pliegues, hacia tus horas interiores y pequeñas puertas anochecidas. Minúsculas volutas de aire que vienen de afuera, por las ventanas de tu nariz, huelen muertes y nostalgia. Pregunto por los otros como yo que se quedaron afuera tuyo: amigos en la libertad de volar un cielo propio. Como si adentro no existiera. Pienso que tengo un privilegio y una pérdida. He perdido el cielo y el mar que otros frecuentan, inventando arabescos y dibujando albas. He ganado el estar contigo como el custodio de tu alma. Porque me puse tu piel aquella noche, lo que tengo no lo posee ningún hombre; lo que ahora eres no lo será jamás ciudad alguna.

### Poemepilogo

No estaba permitido el paso para despertar, sitiada la vigilia, la avenida virtual de los deseos y sus deshechos. Pero había que salir a cumplir la jornada del día, aullando sobre el reloj con las agujas de los brazos marcando la hora y brújula de ese instante. La ciudad adopta su perfil de jauría. Saltar barandas, alejarse de andenes, cruzar la calle, escribir sin destinatario, y volver al cuarto donde feliz nos espera el monitor con su programación de sandeces. Al otro lado de la puerta hay un lugar extranjero que se duplica en la pantalla de la habitación, un inconcluso gesto en el ojo que mira con luz dulce y comprensiva. Sitios de la última fuente bautismal, parques donde veranea su venérea el corazón que falta; hay la risa de *photoshop* que se agranda (*Stream close up*) hasta hacer pequeño y asfixiante el cuarto. Abrir ventanas y más luces achican la penumbra. Qué hace uno entonces con su Puerto y Central Park, con Picasso colgando de espaldas a Matisse en ese rincón lejano que la memoria ignora de un día en el Metropolitan. Qué hacer con el viento del Hudson hablando en otra lengua por las hendijas permitidas al invierno. Qué del Village con sus gays amazando su día rosa. *Fifth Avenue wearing synthetic souls*. Hacer un rodeo al cerco de nieve amontonada en tus sueños, y salir abrigado y con papeles. Pero abajo, muy hondo —pisando en el andén, saltando la baranda, maquínico muriendo—, preservar todavía algo de mí que no se borra. •



CÉSAR AUGUSTO ZAPATA. Poeta, narrador y cuentista de nacionalidad dominicana. Profesor de creatividad y psicología en la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Por su libro *Piedad de toque*, obtuvo en 2004 el Premio Internacional de Poesía “Casa del Teatro” y su libro más reciente es *Edades del instante* (postelegías).